

ASPECTOS DE LA PERSONALIDAD DE IZTUETA

12-IX-1996

Jose Garmendia Arruebarrena

I. SU IDEOLOGIA POLITICA

Casi parece excesivo hablar de ideología. Ciertamente que Iztueta fue liberal por su modo de ser y de obrar. En este sentido, están bien probadas su postura y talante, si nos atenemos a algunas declaraciones suyas y las amistades que mantuvo en vida, aunque en la práctica se doblegó muchas veces a las circunstancias que fueran convenientes para sí.

De todos modos, es básico tener en cuenta la sociedad vasca de aquellas calendas, dividida en dos direcciones: una dirección liberal, manifestada y culminada en las Cortes de Cádiz, y otra de conservadurismo y monárquico. En una palabra, la división que hubo en el País Vasco entre zuriak eta belzak (los blancos y los negros).

Iztueta da muestras de sus tendencias liberales. Nunca fue carlista. Así su afrancesamiento en Azpeitia, por lo que a la vuelta de Fernando VII sufrió la condena de su actitud en la cárcel de Tolosa en 1814 y 1815. Podemos también recurrir al folleto que publicó en Londres a través de su amigo Mendívil, a raíz de la aparición de su libro sobre las danzas. Están después sus amistades con Agustín Pascual Iturriaga, Luis de Astigarraga, etc., que los mantuvo hasta el final de su vida.

Aclaremos, hasta donde es posible hoy en día, sus tendencias en materia política, o las posturas que adoptó en las diversas circunstancias de su vida. Hay que afirmar ante todo que fue un "txuri" de tomo y lomo, tal como por tradición oral se le conocía en Zaldibia, un especialista en el dolo, disimulo, la hipocresía, la ambigüedad, etc., porque son muy diversas las posturas que adopta según las circunstancias imperantes en la época.

Al leer detenidamente sus escritos u obras, se advierte lo prudente que se muestra, lo mucho que disimula, lo que exagera, lo mucho que calla. Mejor es que pongamos algunas muestras. Escribe, por ejemplo, que no sabe más lenguas que la que aprendió de los pechos de su madre, cuando bien sabemos que dominaba el castellano así como el francés. En el capítulo último de su *Historia de Guipúzcoa* dice "haber leído en la prensa francesa...".

Otro ejemplo es cuando escribe que por un accidente no pudo estar en el jurado, para el que había sido designado, en el concurso de bertsolaris celebrado en Villabona. Más hubiese acertado escribiendo que en esa fecha estaba en la cárcel. Otra clara muestra es cuando en su original de *Guipuzcoaco condaira* no pone las estrofas, preciosas por cierto y un poco largas, dedicadas a las cabras y que después por mano de otro aparecen en la publicación de su historia. Y es que había entonces dos bandos muy enfrentados sobre los bienes o males que producían las mismas. Iztueta evitó tomar postura en el asunto. Del mismo modo procede al tratar sobre la disputa dinástica del año 1833. Escribe así: “No entro yo ahora a zanjar con razones la cuestión, pues menos conozco yo la ley de sucesión que un ciego de verdad los colores. Dice solamente que los alaveses y vizcainos juntamente con los guipuzcoanos se echaron al monte a ciegas, atropelladamente contra todo el ejército.

Aunque elogie en sobremanera las cualidades belicosas de Zumalacárregui, no se confesará carlista. No esperemos nunca que Iztueta nos diga a qué tendencias políticas está afiliado. Sería pedir demasiado a una persona tan sumamente discreta en sus afirmaciones.

Iztueta a la edad de 42 años en 1809, después de los años de cárcel y quizá como vengativo de la Inquisición, es del todo rebelde y aparece como un destacado afrancesado en Azpeitia, y condenado, después del regreso de Bayona, de Fernando VII. Con motivo de la publicación de su libro sobre las danzas guipuzcoanas, escrito de su propio puño y letra y publicado en Londres el año 1825 por medio de su amigo Mendívil, habla de la libertad de la que goza el pueblo vasco, si no en los medios de comunicación, sobre todo en la prensa, a través de bertsolarismo. Nada favorable al rey Fernando VII se muestra allí. En cambio hay que ver el elogio a Fernando VII, que hace en el prólogo de su libro de melodías, de fecha 2 de julio de 1827, de quien dice “*que nuestro amado y justo soberano acaba de ofrecernos el más relevante motivo de gratitud, ratificando las franquezas que tiene juradas observar...*”. Termina la dedicatoria con estas palabras en vascuence: “Bici bedi guipuzcoatarren biotz biguñetan beti betico sarturik aurquitcendan Erregue on Fernando zapigarren maite maitegarria”. Ya hemos dicho que la dedicatoria en San Sebastián lleva la fecha de 2 de julio de 1827, cuando vino el rey en visita. Y todo esto después de la paliza que recibió del rey, los años 1814 y 1851, con los días en su casa, encarcelado nueve meses.

Existe también una carta muy significativa, escrita en Zaldibia el 14 de octubre de 1827 por el carmelita fray Isidro de Jesús y dirigida a Iztueta en San Sebastián, en la que le dice que pedirá que Dios mire con buenos ojos a nuestro rey Fernando “gozo, biguñi eta maitagarriari”, para que venza a los realistas que se levantaron contra la constitución so capa de religión y que tanto han hecho contra ella”. Termina diciendo que ya conocerán los guipuzcoanos que han amparado al rey a la Religión.

Después de todo esto está la amistad que tuvo con Pablo de Mendivil en Londres, así como con Pascual de Iturriaga y al sabio Luis de Astigarraga que por afrancesado sufrió destierro.

Está más que claro que Iztueta fue liberal, un rebelde en su juventud y ya en edad madura con clara postura de oposición al orden establecido, tanto del mundo religioso como del civil. Esta postura bien clara se extiende hasta los años 1814 y 1815.

Después de los años de cárcel en Tolosa, Azpeitia, Logroño y de nuevo en Tolosa los años 1814 y 1815, Iztueta cambia y aprovecha todas las oportunidades que sean para su bien y familia. Pero lo que siempre fue y llevó en su ser fue ser liberal. De esto no cabe dudar.

II. FUERISTA

Uno de los aspectos más evidentes y obvios de la persona de Iztueta es su fuerismo. Es algo que rezuma en sus obras, tanto en el libro de las danzas y más en su Historia de Guipúzcoa. Para Iztueta los Fueros Vascos son la ley pública que el pueblo vasco se dio así mismo; es un derecho autóctono de raíz vasca, no privilegios otorgados por reyes, según piensan Llorente, González Balparda y otros.

En su fondo, el libro de las danzas es una constante afirmación de esta verdad. No solamente en las “Coplas euskaras para los vascos” damos con este espíritu, quiero decir de la lengua como identificación de un pueblo, sino también las danzas y melodías. Así puede escribir Iztueta que “habéis de estar convencidos de que, si se conservan las melodías, no se perderán nuestras danzas ni danzantes y asimismo, si aquéllas viven y persisten, persistirán también las honestas costumbres de nuestros mayores, y conservando éstas íntegramente, nos sonreirá sin duda la dicha”.

Pero es, sobre todo, en su *Historia de Guipúzcoa*, donde hallaremos el espíritu fuerista de Iztueta. Ya en el prólogo nos habla de los Fueros cuando escribe: “Todos los habitantes honrados de Guipúzcoa saben que su bienestar les viene de los honestos Fueros, *que poseen por naturaleza*; mas son en extremo pocos los que saben qué es lo más necesario para guardar en su integridad y pureza aquéllos. Para servir a los Fueros en lo que son —continúa—, el agarradero más firme y el fundamento más seguro es atender bien al Euskara; porque se hallan ambas cosas completamente adheridas la una a la otra, en mutua abrazo, de forma que la una no pueda subsistir sin la otra. Una vez muerto el Euskara, no sobrevivirán los Fueros, pero mientras viva el Euskara, resucitarán los Fueros. Quien ama los Fueros, debe amar el Euskara; y quien ama el Euskara, debe hablar y expresarse en Euskara con los Euskaldunes, en cuantas cosas atañen a los mismos. De otra forma, se marchitará el Euskara,

se incomodarán los Euskaldunes y huirán los Fueros”. Postura bien clara y definida para Iztueta.

En el capítulo XXIII de la tercera parte, el hablar de la disputa dinástica de 1833, escribe que Maroto y Espartero creyeron que la mejor manera de poner fin a aquella guerra, no había de ser otra que el sellar una paz duradera firme con los vascos, dejando a éstos sus fueros, costumbres y leyes tradicionales propios y no otorgados por nadie.

Así, después del abrazo de Vergara, dice que los soldados vascos regresaron a sus faenas domésticas, llenos de satisfacción porque en adelante también habían de disfrutar de los fueros, costumbres y leyes que heredaron de sus antepasados.

Estos términos de “usos, costumbres y leyes”, o los fueros es una constante en Iztueta, así como hablar de antepasados. En este sentido no aciertan ni dan con el espíritu de Iztueta aquellos que creen que Iztueta escribió su *Historia de Guipúzcoa* durante los últimos años de su vida en el retiro de Zaldibia. Ya mucho antes nuestro folklorista se dedicaba a ello.

Ya el 18 de junio de 1829 y desde Vergara le escribe Santiago de Unceta a que “se anime Ud. a decir más y más de nuestro Euskara y del genio, usos y costumbres de los antiguos euskaldunes, a quienes ojalá imitémos en todo y por todo”.

Su amigo Agustín Pascual de Iturriaga, el año 1840 escribe que Juan Ignacio de Iztueta se ocupa hace tiempo en escribir una obra en describir el carácter y uso de los vascongados y solicitando una pensión vitalicia.

Lo mismo revelan los libros que tenía a la hora de su fallecimiento, en el inventario que se hizo días después. No es posible mirar la vida de Iztueta sin este ingrediente tan fundamental en su visión de lo vasco. Vaya que sí fue fuerista y destacado Iztueta. Es éste un aspecto que no hemos podemos dejar a un lado en el estudio de su rica y polifacética personalidad.

III. ESCRITOR PAISAJISTA

El 1 de septiembre de 1929, el grupo “Eusko-Ikaskuntzak”, al frente el P. Donostia, colocaba sobre la pared de la casa en que naciera Iztueta, en acto sencillo pero emocionado una lápida, cuya inscripción rezaba de este modo:

Juan Ignacio Iztueta
Guipuzkoako dantzak liburua
 eguin zuanari
 1824-26. Eusko Ikaskuntzak 1929.

También el homenaje se extendió a su discípulo y continuador, el dantzari Olano, colocando otra lápida encima de la puerta principal de Iturrizta.

Muy compleja es, sin embargo, la figura de Juan Ignacio de Iztueta, en aquellos tiempos muy poco conocida, para considerarlo tan solo como maestro y cantor de las danzas guipuzcoanas. Hijo de hidalgo, marraguero en los primeros albores de su vida, fue amante de las costumbres, tradiciones, danzas y canciones de su historia, en una palabra, de todo lo bello encerrado en el relicario de Guipúzcoa. Tuvo un corazón tierno y romántico y un oído muy fino para las melodías y el bertsolarismo, desde su juventud. Hay que ver cómo en los villancicos de Navidad, en el titulado *Gau pozgarriagoria* que en el proceso de Logroño quiso que figuraran en los folios de la causa, canta dichoso:

Zarrac eta gazteac
goacen bertatic.
Jesus adoratcera
biotz biotcetic
gucioc salbatcera
jehida cerutic.
¡Nor dantzatuco ez da
Jesús gaur zugatic!

Muchos años más tarde ¡qué bien torneó sus estrofas amorosas a Kontxesi desde la cárcel de Logroño! Estrofas redondas, llenas de hondo sentimiento, perfectas, de verdadero clásico. ¡Cuánta razón le asiste al P. Villasante cuando en su *Historia de la literatura vasca* escribe de él “que se nos presenta como el hijo auténtico del pueblo, adherido con mil raíces a la tierra que le vio nacer, identificado y compenetrado con su país y con cuanto éste tiene de representativo, ya sea la lengua, ya las danzas, usos y costumbres, apegado al paisaje y a la tierra, a sus riscos, bosques, ríos...”.

Claro que hay que leer y releer las páginas de su libro de danzas y su *Historia de Guipúzcoa* para captar todo ese mundo iztuetano. Iztueta vive el aire y respira hondo en esa realidad. Así escribe: “siendo yo muy joven le oí a un pastor anciano, dantzari de mi pueblo, cómo las tocatas que el tamboril ejecutaba en la plaza de Villafranca, él las bailó a placer en un monte alto de Zaldibia”, y que eso mismo le sucedió a él un día de la Virgen de agosto. “Yendo yo a Lazcano aquella mañana, desde una colina llamada Albichueta, oí claramente las alboradas que tocaba el tamborilero de Orendain, a pesar de haber de un lugar a otro la distancia de hora y media”.

Sobre todo es en las páginas de su *Historia de Guipúzcoa* donde encontramos auras y esencias campestres, que rezuman sus recuerdos. Nos queda en el alma la impresión de un Iztueta como el más delicado y exaltado intérprete de la orografía guipuzcoana, como un paisajista enamorado del lienzo que pinta. Creemos saludar en Iztueta a uno de los primeros adelantados escritores paisajistas de la literatura vasca.

Iztueta que ama y piensa en vasco y en vasco escribe, mucho mejor sin duda que en castellano, no es extraño que ni Manterola ni Azkue en su famoso diccionario ni nadie haya sido capaz de traducir al castellano el verso inicial de la poesía a Kontxesiri: “Maite bat maitatzen det maitagarria”. Ni es un escritor y poeta de “estados”, que necesita de escenario y ambiente emocionales para hacer aflorar a las páginas el hondo sentimiento lírico represado en su corazón. Iztueta es un gran escritor y poeta vascongado, precisamente por su inspiración tierna y espontánea. A todo se acerca con ingenuidad (al menos aparente) de alma de niño, como si todo estuviera por ver y descubrir. Y así, de sus numerosas andanzas por el País Vasco con su irrefrenable curiosidad y consabido amor será un auténtico y original, el pintor de paisajes dulces y soledosos de la húmeda Guipúzcoa.

¡Cuántas veces su corazón se serenó en las bellezas que le ofrecía el paisaje tan montuoso! Cuanto de hermoso tiene la montaña (“mendi zoragarri oec”) con su cielo limpio (“ceru me eder garbi ta alai”), y su silencio rumoroso del tilín de las esquilas, con sus amaneceres y crepúsculos de tonalidades vagas, se adentró en su corazón hasta formar un hondo remanso de paz espiritual, y le sirvió de evasión de la vida que muchas veces se le mostró tan airada.

De su casa, situada cabe el camino y en el arranque de la sierra de Aralar, sube muchas veces, sin otra cosa que hacer, a la cumbre de Txindoki, Larrunari o Ñañarri —gigantesco como pétreo de la sierra vasco-navarra. Unas veces queda aquí, en la altura, estático “bebiendo” el paisaje sin jamás poder hartarse (“campo zabal icusgarriari beguira ezin aspertuz”). Ningún escritor vasco de aquellas calendas le aventaja en ese aprecio de la naturaleza. No dejemos sin apreciar esta perla. Escribe así: “Desde la punta de la elevada peña de Aralar denominada Larunarri, vése con claridad la mayor parte del territorio de Guipúzcoa, los montes y pueblos de Navarra; muchos parajes de Vizcaya y de Alava... más de una vez he escuchado la de esta encumbrada peña y he contemplado sin poder saciarme, desde allí, anchos campos que son un placer para la vista...”. Mejor está en su original: “Aitz goititu onen erpiñera beste eguiteco bague igoric, egon izandu naiz neur bein baño gueiagotan, campo zabal icusgarriari beguira ezin aspertuz”. Hay queda eso. En la mencionada sierra oirá de labios de rudos pastores narraciones y leyendas antiguas.

Otras veces visita los bellos parajes, surcados de fuentes y manantiales y la canción de cristal llega a su corazón con el ritmo de un surtidor (“azpitic gora pill pill pill”).

Aunque es mucha verdad que copia mucho en su *Historia de Guipúzcoa* del Bachiller Zaldibia, Zamácola, etc., tiene Iztueta capítulos muy propios y personales como cuando relata fuentes y manantiales como en el caso de su pueblo natal. Nos dirá que “en la jurisdicción de Zaldibia existen más de cuarenta fuentes, que dan agua dulce, limpia y buena y en abundancia; que hay

también cinco fuentes de agua mineral, otra fuente ferruginosa un poco más arriba de Osimberde y éste nace en pozo profundo, lanzando pil-pil sus aguas de abajo arriba, a modo de un puchero que está hirviendo” y otras descripciones sin olvidar que abunda en truchas que en cualquier sitio tienen buena aceptación.

En medio de los muchos avatares, la vida de Iztueta estuvo jalonada de entrañables recuerdos en los rincones que conocía de Guipúzcoa. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, quedaron prendidos de la magia del paisaje, contemplando su maravilloso paisaje: la línea quebrada de las tierras de labranza, los caseríos blancos de cal, diseminados en las “enloquecedoras cumbres”, el curso de los ríos que trabajosamente se abrían camino en la hondonada de los valles, los manchones negros de árboles seculares, y por fin, en lontananza, difuminado como un vago ensueño, el tumulto de grandiosas montañas, piedra y tierra hechos delirio.

Toda esta sensación de color y equilibrio paisajistas —cielo de cumbres, rumor de fontanas, tipismo del país— queda palpitante en su *Historia de Guipúzcoa*. Con aquel lirismo, con aquel amor encendido al aire y cielo guipuzcoanos, de haber nacido Iztueta en nuestros días, no cabe duda que hubiera sido un raro escritor paisajista, como se nos ha mostrado.

Aralar y la cumbre del Larrunarri, las montañas que rodeaban el reducido caserío de 18 casas de que contaba Zaldibia en su centro —como él mismo escribe— adentraron tan hondamente en su corazón que allá dentro quedaron para ser evocados y recordados en los últimos años de su vida.

Zaldibia, hoy muy distinto de aquel otro pastoril y rural, pero como entonces a la sombra del Aralar y bajo el amparo del vigía alerta del picacho de Larrunarri, se apresta a conmemorar el 150 aniversario de su fallecimiento en agosto de 1845. Hace bien en celebrar esta efemérides y dedicar un gozoso recuerdo a quien con amor cantó las excelencias de su villa natal.

IV. SUS AMIGOS Y LA GEOGRAFÍA DE SUS ANDANZAS

Un largo capítulo se necesitaría para hablar de las amistades que tuvo Iztueta en su vida, así como un estudio, un poco apurado, de la geografía de sus andanzas.

Nosotros vamos a proceder con cierta brevedad, indicando las noticias más destacadas de ambos aspectos. Ante todo, hay que decir que Iztueta fue un extravertido, en continua apertura a la vida y a los hechos sociales y a las relaciones humanas. Habría que comenzar por recordar las intensas relaciones que tuvo con sus paisanos como destacado bertsolari y capitán de danzantes, ya en los años de su juventud. En Zaldibia hay que contar, además, con los

concejales del Ayuntamiento, en cuyas sesiones se hace presente desde 1790 a 1800, sus familiares, sobre todo con su cuñado Mancisidor, casado con una hermana suya, como con el sobrino e hijo de éstos, con algunos sacerdotes y religiosos carmelitas de Lazcano, que hacían funciones de sustitución en la parroquia.

En los últimos años, es decir, en ocho años hasta su fallecimiento en 1845, trató con Francisco Ignacio de Lardizábal, y su hermano José M.^a, quien a la hora de su fallecimiento aparece como su confesor.

Fuera del ámbito local están otros muchos, principalmente Agustín Pascual Iturriaga, cuya larga correspondencia conocemos. El fue quien le consiguió la única pensión vitalicia en 1840 de seis reales diarios. También trató con Mogueel, con Juan Bta. de Erro, etc. En la Diputación de San Sebastián y con trato muy frecuente están Arocena, consultor de la provincia, Juan Bta. de Arrizabalaga, Ramón de Guruceta, etc.

Pero, sin duda, los amigos más apreciados de Iztueta fueron aquellos que se movían en ambiente cultural destacado. Entre ellos hay que contar con el diputado vergarés Unzueta y todos aquellos que ocupaban puestos en la Diputación de Guipúzcoa. Tuvo también Iztueta conexiones con los franceses Lecluse al encargarse a Iztueta traducciones, así como con Abbadié.

Estébanez Calderón en *Escenas andaluzas* habla de su amigo Iztueta. No hay que olvidar el magisterio que sobre él ejercieron el P. Larramendi, Astarloa, Juan Bta. de Erro, Zamacola, etc. Como se observa, incluye un extenso panorama de amistades en cuanto a economía o medios de subsistencia, amistades creadas en el aspecto político y cultural. Son realidades que esperan ser investigadas y estudiadas mucho más ampliamente que aquí solamente hemos querido indicar.

En la geografía de sus andanzas hay que incluir muchos pueblos de Guipúzcoa, aunque no "todos" como más de una vez dice en el libro de las danzas. Conocía muy bien el Goyerri: Zaldibia y pueblos limítrofes como Abalcisqueta, Gainza, Arama, Alza, Beasain, Lazcano, Villafranca de Oría u Ordizia, Isasondo, Legorreta. En particular, Tolosa, Villabona, Andoain, el valle de Oyarzun, Urnieta, San Sebastián con Pasajes, Lezo, Rentería, Fuenterrabía e Irún.

De la parte francesa, Hendaya, San Juan de Luz y Bayona. También, como no, Idiazabal, Segura con sus pueblos limítrofes, Zumárraga, Vergara. Y más allá Gasteiz o Vitoria, Burgos, en donde tenía casada una hija. Más allá llegó aún nuestro Iztueta. Según escribe estuvo en Madrid, dando una conferencia en casa de Vinuesa. A eso podríamos reducir el marco de las andanzas de Iztueta.

Una vida, como se observa, siempre agitada en visitas a ferias de pueblos, danzas y muchos desplazamientos en los años de la dominación francesa. De

todos esos íres y andares descansó cuando se acogió al retiro en su casa natal de Iztueta, aunque la primera morada en 1837 fue en Zaldibia a Aztiriaga, más próxima a su casa natal, en donde a los 78 años había de fallecer el mes de agosto de 1845.

Para completar esta breve reseña se puede leer *Iztuetaren euskara eta idazkera*, pág. 117 del libro por Maizpide Euskaltegia, 1993.